

BAILLIE, John. *Ensayo sobre lo sublime* [1747]. Edición, introducción y notas de Jorge López Lloret. Oviedo: KRK, 2024, 94 pp. ISBN: 978-84-8367-838-1.

La historia de la filosofía (y, dentro de ella, la historia de la estética) es, ante todo, una historia textual, cuyos grandes trazos y dirección global vienen definidos por una serie de textos canónicos, en torno a los cuales, como antecedentes o consecuentes, giran otros textos que pasan más o menos desapercibidos, en ocasiones injustamente. Este es el caso del texto que reseñamos, perteneciente a la historia de la estética.

La categoría de lo sublime ha tenido una historia sobre la que actualmente hay un amplio consenso, pues nadie duda de que sus tres textos fundamentales son *Sobre lo sublime*, de Pseudo-Longino; la *Indagación filosófica sobre el origen de nuestras ideas acerca de lo sublime y de lo bello* (1757), de Edmund Burke; y la *Crítica del discernimiento* (1790), de Immanuel Kant. Sin embargo, han sobrevivido otros textos que, tanto por su importancia intrínseca como por la luz adicional que arrojan sobre los textos consagrados, merecerían ser editados, estudiados y traducidos con más frecuencia de lo que lo son. Es el caso, como decimos, del *Ensayo sobre lo sublime*, una obra póstuma del, posiblemente escocés, John Baillie.

El *Ensayo sobre lo sublime* merecía, pues, una traducción y edición española, que hasta este momento no existía. Es una suerte que la haya asumido la editorial KRK, una editorial ovetense que tiene un interesante catálogo de textos filosóficos traducidos por primera vez

al español y de textos reeditados. El *Ensayo sobre lo sublime* forma parte, más concretamente, de la colección Cuadernos de Pensamiento, caracterizada por la relativa brevedad de sus textos, algo que permite un formato editorial portable y fácilmente legible. La elegancia del formato se enriquece, en el caso que nos ocupa, con el coherente recurso en la portada a la fascinante ilustración XXXI de *An Original Theory or New Hypothesis of the Universe* (1750), de Thomas Wright. Este grabado, contemporáneo del *Ensayo*, ilustra el concepto de un universo en expansión y bien podría ilustrar, además de este *Ensayo*, el concepto de lo «sublime matemático» de Kant. De paso, nos permite visualizar una de las tesis básicas del editor español, a saber, que la teoría moderna de lo sublime nació, entre otras cosas, de la síntesis de la tradición retórica clásica con la nueva ciencia que estaba surgiendo en el siglo XVII, basada en la expansión del espacio, el tiempo y el poder de la naturaleza (17-20).

Según afirma el editor español (el prof. López Lloret), «Baillie produjo la primera obra moderna dedicada exclusivamente al tema de lo sublime, puso en el centro lo sublime natural y lo extendió a la moral, la literatura, las artes y las ciencias, convirtiéndose en un referente de lo que se escribiría después sobre el tema» (29). Es decir, sin el *Ensayo sobre lo sublime* es posible que las obras de Burke y Kant sobre el tema hubieran sido de otra manera o hubieran tardado más en aparecer, incluso que no hubieran aparecido, dado que, poco después de la aparición de su libro sobre lo bello y lo sublime, Burke cambió la actividad de escritor por la de político, mientras

que la obra de Kant apareció casi al final de su vida intelectual.

La introducción del editor sitúa adecuadamente el texto en su contexto histórico, si bien hubiera sido deseable dedicarle más espacio a la tarea. La línea histórica que se ensaya en ella discurre desde la tradición retórica hasta la transformación poética, y desde esta hasta la emergencia del modelo estético de lo sublime, estableciéndose como un marco de referencia que permite leer e interpretar con solvencia el *Ensayo* de Baillie. No obstante, hubiera sido deseable mostrar también, siquiera someramente, los consecuentes, es decir, lo que el ensayo aportó, directa o indirectamente, a las teorías de Burke, Kant y otros autores, como, por ejemplo, Alexander Gerard, Henry Home (Lord Kames), Friedrich Schiller, Hugh Blair o Dugald Stewart. También hubiera sido de interés que el editor hubiera mostrado la medida en la que la de lo sublime era una categoría en «ebullición» en el segundo tercio del siglo XVIII (sirva como ejemplo el breve texto de Hildebrand Jacob titulado *Cómo se alza la mente hacia lo sublime*, que apareció en 1735 en *The Works of Hildebrand Jacob*, tal vez el primer catálogo exhaustivo de temas sublimes, un catálogo que repitieron hasta la saciedad los autores, Baillie inclusive, que trataron sobre el tema posteriormente). Pero la necesidad obliga y, dado el estrecho margen editorial de la colección, la introducción resulta adecuada, útil y, a causa de la ponderada luz que arroja sobre la posición de Baillie en la historia de lo sublime, novedosa.

Con respecto a la traducción en sí, muestra un texto de una notable claridad semántica, en lo cual el editor, ahora en

función de traductor, recoge una de las características principales de la escritura de los empiristas británicos, a diferencia de otras tradiciones filosóficas nacionales, más dadas a la oscuridad (o a la confusión). Emerge de ella un Baillie bien adaptado al español, proponiendo una prosa fluida que recoge bien la *easiness* tan apreciada por ellos. En cuanto a las notas al pie, cumplen bien su papel de identificación de los referentes textuales a los que Baillie remitía, explícita o implícitamente; de señalamiento de los pasajes de *Sobre lo sublime*, de Pseudo-Longino, que Baillie insertó en su propio texto, sin mención de su fuente; y de remisión a los textos fundamentales de la teoría estética contemporánea de Baillie, a los que a continuación nos referiremos. Este tipo de notas son necesarias porque lo que Baillie daba por supuesto entre su público lector, a saber, su familiaridad con los clásicos, especialmente con Pseudo-Longino, ya no lo podemos presuponer.

El tercer grupo de notas conecta a Baillie con sus contemporáneos, como David Hume, Burke o Francis Hutcheson. Nos parecen especialmente destacables las notas referentes a Hutcheson, pues muestran una inesperada conexión con Gotthold Ephraim Lessing. Se trata de las notas 8 y 15 (páginas 46 y 56, respectivamente), las cuales sitúan el *Ensayo* en el marco de la estética que elaboró Hutcheson en su *Investigación sobre el origen de nuestras ideas de belleza y virtud* (título que Burke remedó, en parte, en su obra sobre lo sublime). Hutcheson definió la belleza como la mejor combinación posible de unidad y diversidad, definiendo Baillie lo sublime, en palabras del editor, como «la me-

jor combinación posible de uniformidad y grandeza» (46). Esto está muy próximo al ensayo titulado «Observaciones sobre las investigaciones filosóficas de Burke» (1757), de Lessing, quien recurrió a Hutcheson para definir lo sublime a partir de su fórmula de la belleza, aunque dando más importancia a la diversidad que a la unidad. Dada la familiaridad de Lessing con las fuentes inglesas de la época, no es descartable que tuviera algún conocimiento del *Ensayo* de Baillie, lo cual sería importante porque, como se sabe, la teoría de lo sublime llegó a Kant a través de Lessing y de Moses Mendelssohn. Se abre aquí, pues, una posible línea de investigación.

El texto de Baillie permite comprender adecuadamente la diversidad de matices del concepto de lo sublime y las diversas opciones que se presentaron a lo largo del siglo XVIII. En cierto modo, funciona a modo de bisagra entre la época retórico-poética y la época estético-filosófica de la categoría. Parece partir del catálogo de temas sublimes de Jacob, unificándolo bajo una teoría de la mente que anticipa, aunque salvando las distancias, la kantiana: el placer ante lo sublime reside para él, en última instancia, en el orgullo que sentimos por el ensanchamiento de nuestra propia mente (42-43). Baillie, además, ejemplificó esto en especial con lo que Kant denominó «sublime matemático». Por otra parte, Baillie estableció ramificaciones que trascendían lo sublime natural, introduciendo lo sublime ético (secciones III y IV), lo sublime artístico (presente en todas las artes) y lo sublime científico (sección V), algo muy relevante en un momento en el que se estaban expandiendo aceleradamente los límites espa-

ciales y temporales de los objetos de las ciencias. Por otra parte, el tono emocional unificador de todas estas variedades de lo sublime, según Baillie, era de una exaltación alegre y luminosa, completamente diferente del terror y la oscuridad introducidos por Burke y del desgarró subjetivo kantiano. La experiencia de lo sublime era para él, sin matizaciones contrarias, una experiencia de «júbilo y orgullo» (40), hallándose más próximo, pues, a Pseudo-Dionisio que a Burke o Kant.

Baillie convirtió lo que para Pseudo-Longino fue una metáfora de elocución retórica, a saber, la comparación de los oradores con los ríos, en el eje central de la teoría de lo sublime: lo sublime natural, ya no metafórico. En su caso, los grandes ríos y el océano ya no eran recursos retóricos, sino objetos naturales fascinantes de pleno derecho, más allá, o más acá, del texto o del discurso. En esto, como casi todos sus contemporáneos, fue heredero del cambio de sensibilidad frente a la naturaleza que se dio en la segunda mitad del siglo XVII. Por eso, es de gran interés que esta edición se acompañe, a manera de apéndice, de la traducción de la carta de John Dennis sobre su cruce de los Alpes, fechada en 1688. Esta carta, conectada, como muestra el editor (17-22), con la teología geológica de Thomas Burnet, es interesante por la ausencia de la palabra «sublime», lo que indica que la categoría aún no se identificaba con la grandeza natural, que fue el objeto de la descripción de Dennis. Comoquiera que Joseph Addison tampoco usó en *Los placeres de la imaginación* (1712) el término «sublime», a pesar de la importancia que concedió a la grandeza natural, hemos de concluir

que la conexión de la grandeza natural con lo sublime, el signo más claro de su generalización estética, se produjo entre Jacob y Baillie.

Otro matiz importante de la carta de Dennis es terminológico. Como indica el editor, procede del «espanto placentero» («pleasing kind of stupor») de Burnet (20), genial terminología que Dennis reutilizó inmediatamente como «horror delicioso» («delightful horror») y como «júbilo terrible» («terrible joy»), un oxímoron que Burke recogió con su peculiar uso del término «deleite» («delight»). Baillie negó este concepto complejo, sometiendo su síntesis terminológica a un proceso analítico de diferenciación y reconexión de experiencias

y conceptos asociados, pero separados, (sección IV, 65ss.). Con esto se podría abrir otra línea de investigación, a la que esta edición del *Ensayo sobre lo sublime* proporcionaría un sólido apoyo.

En resumidas cuentas, la edición española del *Ensayo sobre lo sublime* de Baillie, que reseñamos, es una recomendable aportación a los estudios hispanos sobre la categoría estética de lo sublime, maquetada, editada, prologada, traducida, anotada e impresa con elegancia, abriendo en nuestra comunidad lingüística algunas sugerentes líneas de investigación.

Carmen HIDALGO ROLDÁN
IES Itálica. Santiponce (Sevilla)